

tico graduado". Eso le conduce a formularse una pregunta que se hace implícitamente todo aquel que utiliza la palabra como instrumento de expresión: ¿De dónde viene la escritura? El trata de responderla, con el ceño desfruncido, en las ocho o nueve páginas siguientes. Pero tengo la convicción de que también la contesta –y eso es lo que convierte a Ford en artista de la vida– en todas y cada una de las páginas del libro y, muy especialmente, en aquellas en que su prosa acorta las distancias, el observador se introduce en la profundidad de las almas y nos habla de cuando,



tras la muerte de su padre –hecho espléndidamente retratado en *Un padre y una bicicleta*–, vivió un tiempo en el hotel dirigido por el abuelo en Little Rock, el abuelo que había sido boxeador y le enseñó a dar y recibir golpes (*En la cara*), y donde conoció a Chester Matthews, el jefe de botones negro que lo llevó al campo de golf de Fort Roots, un recuerdo que permanece indeleble en su memoria.

Escribir justo lo suficiente

De esta manera, Ford nos hace saber de dónde cree él que viene la escritura y se ocupa de demostrarlo y, al mismo tiempo, cuenta algo impagable que la inmensa mayoría de los escritores se guardan púdicamente como si fuese un motivo de vergüenza: las pausas entre un libro y otro, o, dicho con las palabras del propio Ford, *Holgazanear mientras la musa recarga pilas*. La sutileza de esta pieza, en realidad de todos los capítulos que constituyen el libro, culmina en una frase absolutamente sensata y aleccionadora ante la cual no puedo evitar un sentimiento de envidia por no ser de mi cosecha: *Es difícil escribir justo lo suficiente* (pág. 193), un aforismo digno de Elias Canetti. Añado que lo suficiente para crear alta literatura a partir de cualquier material privado o público, filtrado por el tiempo y la fantasía del narrador que nunca deja de ser el primer lector y crítico de sí mismo. Después de todo queda solo el relato. Lo que ha de sobrevivir. |

A la izquierda, Richard Ford posando para una fotografía en 1986. Arriba, Leonardo DiCaprio y Kate Winslet en una escena de la película *"Revolutionary Road"* (Sam Mendes, 2008), basada en la novela de Richard Yates
ULF ANDERSEN / GETTY STUDIO / PRODUZENT

Latidos

Lila Azam, Nabokov y el mundo iraní perdido

SERGIO VILA-SANJUÁN

Cuando me hablaron por primera vez de Lila Azam Zanganeh y su libro sobre Vladimir Nabokov, *El encantador* (Editorial Duomo), le pedí su opinión a Javier Aparicio, primer nabokoviano barcelonés (con permiso de Jorge Herralde y Antoni Munné). "Es de fiar –me dijo–. Pese a su juventud, Lila ya forma parte, junto con el biógrafo Brian Boyd y el agente literario Andrew Wiley, del selecto consejo directivo de la Fundación Nabokov, establecido tras la muerte del hijo del escritor, Dimitri".

De modo que me leí el libro, muy recomendable. Combina el perfil biográfico con una interpretación de la obra nabokoviana en clave de la *felicidad*: de la escritura, de la observación del mundo natural (con las mariposas, claro, en primer lugar), del amor por la belleza física y la sensualidad femenina... Y cuando vio que la muerte se acercaba, Vladimir se puso de mal humor ante la perspectiva de perder todo eso....

Yo fui un gran admirador de Nabokov cuando tenía veinte años, época en que me leí bastantes de sus obras en las ediciones entonces disponibles (*Lolita* en Grijalbo, *La dádiva* y *Ada o el ardor* en Argos Vergara, *Pálido fuego* y *Mira los arlequines* en Editorial Sudamericana, las sugestivas *Opiniones contundentes* en Taurus). Con el tiempo, sin dejar de considerarle un artista de primera, me han surgido dudas sobre si su brillante afán por esquivar los tópicos no deshumaniza a veces sus tramas más de la cuenta. Y tiendo a darle la razón a mi amigo Stephen Vizinczey, quien en *Verdad y mentiras en la literatura*, calificó *Lolita* de novela esencialmente inmoral ya que convierte a la víctima (la secuestrada Lolita) en verdugo, y al verdugo (Humbert, que la somete a estupro) en víctima. Lo cierto es que el discurso nabokoviano sobre el encanto de las ninfas (niñas entre nueve y trece años) me hace sentir incómodo, y entiendo bastante las reservas de Edmund Wilson. Sí, Nabokov está muy bien, pero su *Lolita* no es buena lectura para padres con hijas preadolescentes...

En su tertulia con la Asociación de Periodistas Culturales de Catalunya, Lila Azam, segura y apasionada, acepta que en la obra más conocida de Nabokov "hay un proble-

ma de moralidad que no se puede dejar de lado, pero constituye una jugada más de una partida de ajedrez muy compleja, un auténtico juego de espejos. En *Lolita*, con la ninfula, y en *Ada o el ardor*, con el tema del incesto, Nabokov busca la transgresión, porque es un novelista que quiere innovar, pero la lleva a un plano mítico, y la resuelve en el terreno de la estética..."

UN VIAJE DE 1978. Lila Azam nació en París de padres iraníes y creció en el exilio. Curiosamente es la segunda nabokoviana eminente de su castigado país tras Azar Nafisi, la autora de *Leer "Lolita" en Teherán*, que utilizó esta novela como símbolo de la libertad de espíritu y que reivindica la ambigüedad, el humor y la ironía del autor ruso como antidotos contra el totalitarismo, razones que me parecen casi tan de peso como las de Vizinczey y me devuelven un sentimiento ambiguo respecto al maestro. Azam y Nafisi comparten con Nabokov el cambio de idioma literario (en su caso del iraní al inglés), y con una tercera compatriota, Shusha Guppy, autora del hermoso testimonio *Con los ojos vendados. El jardín persa de mi infancia* (Maeva).

Lila Azam no ha vuelto, de adulta, al país de su familia. Le cuento que para mí Irán es un recuerdo mítico de juventud, ya que en el verano de 1978, junto a mis amigos Joan Ramon Marsal y el hoy decano del Colegio de Abogados barcelonés Pedro Yúfera, lo recorrimos de arriba abajo. Antonio Comas, industrial catalán instalado en Teherán y amigo de la familia Yúfera, nos hizo generosamente de anfitrión llevándonos a los domicilios de la burguesía iraní, a los grandes hoteles de aquel Teherán cosmopolita bajo la dictadura occidentalista del Sha, o al casino Ramsar Palace, frente al mar Caspio, mientras que, por nuestra cuenta, visitábamos ciudades de ensueño como Ispahan o Shiraz.

Un año después estallaba la revolución de los ayatolá, que aunque aplaudida por buena parte del pensamiento progresista europeo de entonces, a mí, desde el principio, y a tenor de lo que allí habíamos visto, me pareció muy inquietante. Yo tampoco he vuelto a Irán desde entonces.



La escritora Lila Azam Zanganeh, fotografiada en la Librería Laie de Barcelona

XAVIER GÓMEZ